VI.

LA PEQUEÑA IRLANDA.

En 181, veinte años ántes de la época en que pasa nuestra historia, habia en Londres, barrio de San Gil, una pobre familia compuesta de cuatro miembros: dos hijos, el padre y la madre.

El padre, llamado Cristiano O'Breane, era un caballero irlandes cuya familia habia estado algunos años ántes en una posicion opulenta en la provincia de Connanght. Sus bienes, como los de tantos otros, habian pasado poco a poco a poder de un lord protestante, del cual habia sido últimamente arrendador Cristiano O'Breane.

¡Sabida es la deplorable ecsistencia de los arrendadores de Irlanda! El infeliz Criastiano O'Breane, gastando poco y trabajando mucho, habia cubierto hasta entónces las necesidades de su familia, y dado a su hijo una cierta educacion; pues ademas de los beneficios de su esplotacion, poseia cuatro modestos terrenos, resto bien pequeno de la fortuna de sus abuelos.

Un dia, antojósele al intendente del lord, el cual gastaba en Londres su renta irlandesa, disputar a Cristiano O' Breane los cuatro terrenos que eran todo su patrimonio. Hubo un proceso. En Irlanda, no puede de modo alguno decirse que la justicia tiene dos pesos y dos medidas; no tiene ni pesos ni medidas, ó mas bien, su balanza, invariablemente inclinada del lado de Inglaterra, deja siempre vacio el plato que a la Irlanda respecta. Las causas se instruyen por medio de una simple pregunta:—¿Sois protestante? ¿no? pues no teneis razon; renunciad a todo por órden del rey.—¿Sí? por órden del rey tambien ¡tomad, saquead, devorad!

La victoria mas completa coronó el infame atentado del intendente, y privóse a O'Breane de la tierra que alimentaba a sus hijos; tierra que podia a lo mas mantener un perro de ganado.

En el momento en que trazamos estas líneas, la Irlanda se agita, sometiendo al mundo civilizado sus lamentables agravios. Abre sus harapos para enseñar desnudas las horribles llagas de que la ha cubierto la mano voraz y bárbara de la Inglaterra. Al propio tiempo se subleva irritada contra sus indignos opresores. Reúnense algunos tribunales arbitrales y neutralizan los tristes efectos de la iniquidad protestante.

Pero entonces el oprimido bajaba la cerviz en silencio. La emancipacion de los católicos, esa medida insuficiente, pero cuyos resultados serán mas ventajosos con el tiempo, parecia a los ojos de todos una quimera imposible. Era tan grande la desesperacion que arrastraba en pos de sí la apatía y adormecía a las víctimas en su miseria.

Como cristiano O'Breane habia tenido la punible insolencia de sostener un proceso contra su lord, negóse

este a renovar su arrendamiento, y al espirar el último espiraron tambien sus obligaciones de arrendador de lord.

Hay un hecho raro. Todos los infortunios de Irlanda vienen de Londres; de Londres desbordan sobre la desdichada Erin esas oleadas de insaciables especuladores que, bien sea de agentes de negocios, bien de altas y bajas dignidades de la Iglesia anglicana, esa casa de comercio clerical, ese piadoso y devorado vampiro, ese vergonzoso monumento de hipócrita rusa y de simonia organizada; bien de negociantes, bien de magistrados, llegan hambrientos, ansiosos de adquirir, resueltos a tomar a manos llenas, sin descanso y sin escrúpulo, en aquella pobre tierra conquistada, cuyos hijos han olvidado al parecer su antiguo valor y no saben mas que amenazar en vano en charlatanes meetings, ó lamentarse a grandes gritos como las mugeres. En Londres se hallan los marqueses y vizcondes, nobles de un dia, negociantes ó abogados, rebujados por decreto en nombres históricos que estraen de léjos la vida mas preciosa del pais, y la agotan a fuerza de esacciones. De Londres vienen esas leyes tan miserables, tan infames, que agravan de dia en dia la esclavitud de muchos millones de cristianos. En Londres reside ese parlamento enemigo que se compadece despues de beber, y vierte lágrimas de borracho por las víctimas del tráfico de negros, que ya no ecsiste, encarnizándose en cambio, sin conmiseracion ni pudor, en el agonizante cadáver de un pueblo de hermanos. ¡Pues bien! siempre se vuelven hacia Londres las miradas del irlandes que vió frustrarse sus esperanzas. Londres despide una lejana y mística esperanza que va á animar el desaliento, evitar la apatía è imponer silencio a los sórdidos gritos de una larga hambre. Londres es el puerto. Los infelices se figuran encontrar allí la compensacion de tantos males acumulados. Es un sentimiento innato, una especie de supersticion; todos quieren ir a Londres, y creen ver acabadas sus penas en cuanto entran en la populosa ciudad.

Y a la verdad, las mas venenosas serpientes llevan consigo el antídoto del veneno que destila. La víbora, la mortal cobra de capello, la misma temible serpiente de cascabel, tiene en una parte cualquiera, en la cabeza, un remedio soberano contra su propia mordedura. ¿Por qué no sucede otro tanto con Londres?

Pero para hallar el remedio es preciso cortar primero la cabeza.

Cristiano O'Breane fué a Londres con algunos maravedises y se estableciò con su muger é hijos en Buckridge-Street, en el centro de esa parroquia de San Gil, cuyas miserias se han hecho europeas, y que ennegrece, como una grande mancha de cieno, los barrios mas opulentos de Londres comercial.

Todas las grandes ciudades tienen sus sentinas y cantarillas donde la indigencia, multiplicada por el vicio, acumula oscuros montones de dolores y de infamias; pero ninguna puede disputar a Londres la palma de las miserias y del oprobio. En otros puntos, en Paris, aquellos que mueren de hambre y de sed, y aquellos que luchan contra la ley, se confinan en tenebrosas cloacas, lejos de las luminosas vias donde se desliza la vida fashionable. La calle de *Fébes* está en las antípodas del boulevard de Gand, y los chiribitiics del barrio de San Marcelo no pueden de modo alguno viciar el aire puro del jardin de las Tullerías. En Londres se mezcla todo en un desórden cínico y horroroso. Por todas partes insulta brutalmente a la miseria un lujo desenfrenado; por todas la pobreza criminal y armada acecha al lujo a su paso.—Entre dos ca-

lles suntuosas, cuyas aceras, iluminadas por las noches por los blancos resplandores del gas, están guardadas por una profusion de policemen, se halla la callejuela negra, desierta, temida. Bajo el reberbero está el agente de policía; a la sombra el bandido; por las aceras pasea la multitud egoista, indiferente, bien mantenida; en medio de la calle están el niño ó el anciano tiritando y muertos de hambre.

¡Y por todas, lo repetimos, por todas, ese monstruoso vecindario! en el West-End como en la Cité, en Pimlico como en las orillas de esos famosos *docks* donde se acumulan las riquezas de las cinco partes del mundo.

Podia hacerse una comparacion bajo la cual puede tal vez haber algo ecsagerado; pero que no deja de ser por eso justa y sinceramente pintoresca en su espantosa energía, diciendo que Londres se parece a una cortesana leprosa, cuyo vestido bordado de oro hubiese agujerado la orgía, que enseñase por cada agujero a los transeuntes los horrores de sus innumerables úlceras.

Ahora bien; el agujero mas grande de esa túnica cargada de oropeles, aquel que deja ver la llaga mas desnuda, mas profunda, mas vergonzosamente gangrenada, se abre en el mismo seno de la grande cortesana. San Gil, la *pequeña Irlanda*, como si el nombre de Irlanda debiese aliarse fatalmente a todo esceso de miseria, está cerca de Soho-Square y de la plaza de Bedford, entre el rico Holborn y el noble Oxford-Street.

Nada hay en el universo comparable a San Gil. Es, permítasenos esta espresion, una especie de falansterio completo de la miseria y del vicio, esos dos elementos del crímen. Allí todos los sufrimientos y todos los oprobios llegan al supremo grado; allí vuelto el hombre al estado salvage, no conociendo a Dios, sin nocion alguna del bien

y del mal, se estanca en su fango, ó se desata con furor contra la civilizacion que le rodea. Allí no hay entre ambos secsos mas distincion que la fuerza. La misma muger no se prostituye, sino que se entrega a quien la maltrata.

Tal es en el dia el cuadro de San Gil; sin embargo, no faltan escritores elocuentes y generosos que, habiendo recientemente intentado probar los inverosímiles horrores de los *cellers* de S. Gil, pretende que comienza a manifestarse en ellos cierto progreso. Añaden que S. Gil de 1844 no se parece en nada a S. Gil de 1820.

¡Misericordia, misericordia!

¿Qué era, pues, en 1820? digan esos escritores generosos. Se sabe que en Inglaterra hormiguean los escritores generosos, los caritativos utopistas, los oradores elocuentísimos y sumamente difusos, consagrados, en palabras, al culto esclusivo de la piedad. La Inglaterra es la patria clásica de la filantropía. Aunque la palabra sea griega, la idea es inglesa, y si el hambre pudiese conjurarse contra las grandes frases, la facundia de ciertos señores alimentaria facilmente a los tres reinos. Estos escritores generosos, repetimos, podrian decirnos ¿qué hay mas desnudo que la desnudez, mas mortal que la inanicion, mas vicioso que el vicio, mas repugnante que el cieno? Los desgraciados, metidos por docenas en cuevas húmedas, ¿se alimentaban acaso peor entónces que ahora? ó mas bien, ¿el morir de hambre era mas horroroso en aquel tiempo que hoy? ¡Oh! bien sabeis decirnos el número de infelices jóvenes que, en esos pasadizos infectos condecorados con el nombre de calle, sobre las orillas de esos arroyuelos negros, espesos, pestilenciales, sucumben a horrorosas enfermedades; el de niños que perecen en su cuna envenenados por el aire del antro paterno, el

de hombres que en la fuerza de su edad caen estenuados en medio de la calle y ecshalan su alma dirigiendo una ansiosa mirada a vuestras suntuosas habitaciones, cuya ventana no se abre para echar al agonizante la salvacion bajo la forma de un pedazo de pan. Todas estas cosas son demasiado curiosas para no encontrar editores. La filantropía comprendida así, ahora que lo horrible està a la moda, es una triunfante especulacion. No se os puede negar que sois hombres hábiles, famosos comerciantes, grandes filòsofos. Tambien es verdad que hablais mucho, ¿pero qué haceis? Nada. Solo vuestros labios son caritativos, y al fin y al cabo vuestros enfáticos sollozos se revuelven en alegres libras esterlinas.

¿Y por qué no? ¿En un pais en que la misma religion es un comercio, en que el protestantismo ha establecido un peage hasta bajo las nobles bóvedas del real Westminster, no es lógico y conveniente traficar así con la piedad?

El mal es muy grande, dicen algunos, y está muy profundamente arraigado para que pueda esperarse remediarlo. Eso quiere decir que los habitantes de San Gil son muy pobres hasta para comprar esas pequeñas biblias mal impresas, comentadas, falsificadas, que nuestras sociedades evangélicas venden piadosamente a los salvages y meten entre un barril de rack y una parte de ópio, lo que hace tres venenos segun la aritmética. Eso quiere decir que la operacion no presenta ningun lado favorable para atesorar, y que esas tristes familias que se alimentan con cáscaras de patatas, no podrian pagar las lecciones de un profesor de moral.

Mas vale por lo tanto que siga San Gil con sus miserias que aventurar algunos capitales.

Victorioso nos parece el argumento. Pero en tal caso

echad un velo sobre esas ignominias. No permitais a vuestros oradores poèticos el cuadro de esas repugnantes miserias; no hableis con énfasis en vuestros informes oficiales de la ciencia del mal ecsistente, tan profunda, tan minuciosa, tan preciosa, que acusa vuestra inaccion y pone en vuestra frente, en la frente de todo un gran pueblo, un sello de infamia.

A la verdad, cualquiera que conozca la Inglaterra, convendrà en que el curso de las cosas es inevitable y normal. Léjos, muy léjos estamos de hablar a lo San Vicente de Paula, y el que escribe estas líneas no tiene ni siquiera la esperanza de despertar la conmiseracion de algunas ladies; porque San Gil no es un misterio, y mas de veinte plumas han espuesto ya los harapos que ocultan sus horribles llagas.

Aquí no describimos mas que por describir. En Londres ¡ay! el hombre cuyo corazon es verdaderamente noble, desespera, y el mismo San Vicente de Paula, cuyo nombre bendito acabamos de pronunciar, renunciaria su mision al ver lo bien cerradas que están todas las puertas a la limosna. Lo que precede no es ni puede ser una ecshortacion: demasiado sabemos a donde llega la sordidez británica: no son mas que algunas palabras tiernas, arrancadas por el reciente aspecto de una miseria sin par. Contrariamente a la opinion citada, creemos, y por desgracia los documentos oficiales lo prueban así, que la miseria de San Gil se ha aumentado en estos últimos años; el mismo San Gil se ha estendido como se estiende una mancha de aceite, dirigiendo las ramas de su tronco podrido a lo largo de las calles oscuras que descienden hácia Convent-Garden. San Gil envenena a la mitad de Londres.

Vanamente abren a traves de sus cenagales anchas ca-

lles, hermoseando, entre sus pobres viviendas, el óvalo dorado de la verja de un square, al lado del square, a lo largo de la calle, ecsiste San Gil; ni el ladrillo, ni el yeso, ni los albañiles pueden hacer nada.

Si sir Roberto Peel, nuestro hábil ministro, se viese [lo que Dios no lo permita] en el momento de la agonía, ¿qué pensaria de un médico que tomase para curarle unas tenacillas, le diese de colorete en sus megillas pàlidas, y quisiese combatir el mal adornando su flaco cuello con el elegante nudo de un pañuelo almidonado? ...

Roberto Peel echaria al doctor con cajas destempladas, a pesar de su grande costumbre de calma parlamentaria. Por lo ménos asi creemos que obraria.

Pues bien, considerad la inconsecuencia; Roberto Peel imita aquí al fantástico doctor. Lava la cara al barrio agonizante. Una multitud de hombres sufren y mueren, y Roberto Peel les abre una calle. Agítase en las convulsiones supremas, y Roberto Peel hace votar fondos para construirles un square.

Si el honorable baronet no fuese un hombre sumamente formal, podia pasar esto por una atroz burla: porque digan lo que quieran, los albañiles y los empedradores no combaten mas que las ruinas y el cieno; cosas no solo soportables sino verdaderos paraisos para los infelices, si a sus inmediaciones encontrasen un pedazo de pan. La verdadera llaga es la miseria, ¡la miseria que engendra el vicio! Para que desaparezca no basta gastar millones en barrer las inmundicias materiales que en su torno amontona; seria preciso una pródiga beneficencia nada natural a nuestras costumbres mercantiles, y cuyas ventajas, por otra parte, se contrapesasen por numerosos peligros ó un trabajo público liberalmente organizado.

Pero àntes de todo eso, y esencialmente, seria preciso

derramar alguna luz en esas espesas tinieblas. Seria preciso volver a ese pueblo embrutecido el uso de su inteligencia y de su alma. Al paso que se sostuviese el cuerpo, deberia moralizarse el alma....

—¿No se fundará nunca en Londres, donde tenemos tantas asociaciones burlescas, tantos clubs inútiles; no se fundará, decimos, una sociedad cuyo objeto sea importante y realmente cristiano? Hermosa es la negrofilia; virtud sublime es tambien la templanza para un ingles; ¿pero cuándo tendrà un apóstol la caridad, la verdadera caridad que no se conmueve solo por los problemàticos sufrimientos de los Hotentotes y de los Malgaches? Los Pedros el Ermitaño ingles, se limitarán eteramente a reunir mil ó dos mil aldeanos al rededor de un banquete de agua clara para hacerles prestar falsos juramentos.

En una palabra, ¿prodigarémos bellas frases para llegar a resultados casi insignificantes? ¿No aparecerá un dia de esta parte del estrecho algun *eccentricman* heròico, algun padre Mathews de la beneficencia?

Francamente hablando, no osamos esperarlo. La *eccentriccity* tiene límites, y el hombre que quisiese abrir a la fuerza la caja de nuestros lores, de nuestros banqueros, pasaria esos límites convenidos para entrar sin obstáculo en la estravagancia.

En 181, como hoy San Gil, era por escelencia el barrio de los desgraciados. Es inútil añadir que por esta razon sola hubiera merecido el nombre de pequeña Irlanda; pero este sobrenombre, que nada tiene de metafórico, le fué dado en realidad por el gran número de irlandeses que pueblan sus mefiticas cuevas [cellars] (*). Los pisos su-

(*) En los barrios pobres, las cuevas que en los demas sirven de cocina dispensas, están habitadas por una ó algunas familias.